



NÚM. 10.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 4 DE MARZO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Desde el domingo anterior, circuló en Madrid la noticia de la entrevista del general O'Donnell con el hermano del emperador de Marruecos. Efectivamente, el 21 llegó al campamento de Tetuan un mensajero para manifestar al general en jefe que Muley Abbas le esperaría el 23 á una legua

de sus avanzadas acompañado del ministro de Negocios Extranjeros del emperador, por otro nombre Mohamed el Ketib. El *Ketib* significa el *orador*, y en esta ocasion las funciones que el 23 desempeñó el ministro del Sultan correspondieron perfectamente á su titulo.

Verificóse, pues, la conferencia el 23 del pasado. Muley Abbas se hizo acompañar de trescientos caballos que dejó á una milla de distancia; el general O'Donnell fue acompañado de una escolta que dejó también á distancia conveniente y se adelantó con su estado mayor. Después de los primeros cumplidos y zalames (*es zalam a'ecun*, la salud sea contigo) el *Ketib* tomó la palabra para tratar de las condiciones propuestas por el gobierno español.

Estas condiciones eran varias, cuyo pormenor aun no se sabe oficialmente; pero entre ellas habia dos principales: la conservacion de Tetuan y una indemnizacion de 200.000,000 por los gastos de la guerra. Púsose á discusion el primer punto, el relativo á la conservacion de Tetuan, y Mohamed el *Ketib* comenzó por decir que los moros sentian infinito no poder acceder á esta exigencia del gobierno español.

Al oír esto el general O'Donnell se levantó y dió por terminada la conferencia, diciendo estas ó parecidas palabras: «Bastante hemos hablado.» Muley Abbas y Mohamed le suplicaron entonces que se detuviese y atendiese á sus razones, y sin duda por no parecer impolítico se detuvo. Dijéronle que la cesion de Tetuan era asunto que no dependia de ellos, sino del emperador, y que

necesitaban una tregua de algunos dias mas para aguardar su respuesta. Contestó el general O'Donnell que creía que el emperador les habia autorizado para tratar de la paz, y que si no era así, la conferencia no conducia á nada y podia darse por terminada. En cuanto á la tregua, el general O'Donnell no creyó conveniente otorgarla y por el contrario anunció á los marroquíes que desde aquel momento se creía libre para obrar en el sentido que tuviera por conveniente. Dicho esto presentó á Muley Abbas sus generales y estado mayor, le dió la mano, le hizo mil cumplidos á que contestó el moro con otros tantos zalames, y se retiraron tan enemigos como antes. El dia 24 debian llegar cuatrocientos camellos, pedidos á Oran para continuar las operaciones; pero el viento Levante que se levantó, impidió por tres dias el desembarco, así como el embarque de los tercios vascongados que esperaban en San Fernando la ocasion de pasar al Africa. Sin embargo, el 27 abonó el tiempo: los vascongos los se embarcaron y los camellos fueron desembarcados, y unos y otros á la fecha de las últimas noticias quedaban en Tetuan. De consiguiente las operaciones habrán comenzado cuando este número llegue á manos de los lectores.

Para nosotros no es dudoso que estas operaciones se dirigirán sobre Tánger. Basta echar una ojeada al mapa para comprender que un ejército de tierra que tenga por base de operaciones á Tetuan, no puede tomar otra direccion; ya que no le es conveniente penetrar en el Riff, ni internarse hasta Fez, únicos puntos á que pudiera dirigirse fuera de aquel, sin tener guardadas las espaldas.

Los marroquíes, á quienes algunos suponen ayudados ó á lo menos aconsejados por agentes ingleses, se fortifican en la Fonda ó venta situada en la confluencia de los caminos de Tánger y Fez, habiendo llevado artillería de Tánger. Si esto es cierto, podemos deducir de aquí dos consecuencias importantes: la primera que desde Tetuan á Tánger hay camino practicable para la artillería; la segunda que solo en Tánger está la paz y que allí va á ser preciso ir á buscarla. Nosotros queremos la paz: y como los marroquíes y sus consejeros los ingleses no parece que se convencerán de nuestra superioridad en armas y en razon sino tomando á Tánger, de aquí la necesidad en que unos y otros nos han puesto de dirigirnos sobre esta plaza.

Si como esperamos, Tánger es ocupada en lo que resta del mes que acaba de empezar, nos lisonjamos de que antes de la estacion de los calores la guerra habrá

tenido término, y podremos entregarnos tranquilamente al desarrollo de nuestra prosperidad interior.

Entre tanto la escuadra ha bombardeado los puertos marroquíes del Atlántico Arcilla, Larache y Rabat.

Viniendo ahora á tratar de asuntos mas pacíficos, lo que despues de la guerra forma el asunto de las conversaciones generales en Madrid, es la habilidad del famoso prestidigitador alemán Mr. Hermann, que nos ha enviado Portugal en cambio de la Ristori. Mr. Hermann en otra época no se habria atrevido á ejercer su profesion en España, de miedo de ser sepultado en los calabozos de la suprema por volar y otros escesos. En el teatro de la Zarzuela ha lucido varias noches sus habilidades de escamoteo, dejando á todos suspensos de admiracion. En un país como el nuestro, donde hemos visto á los Macallister, los Bosco y otros escamoteadores eminentes nacionales y extranjeros era difícil sobresalir en este género: sin embargo, Hermann los ha eclipsado á todos, descollando entre ellos, como dice Virgilio,

tamquam lenta solent inter viburna cupressi.

Con este espectáculo nuevo que nos ofrece la Zarzuela rivaliza otro espectáculo de mejor gusto que nos ha dado el Circo esta semana en el drama del señor Hartzembusch, titulado *el Mal apóstol y el Buen ladrón*. Este drama es en todos conceptos digno de la reputacion de su autor: vale sin embargo mucho mas leído que representado, y esto por dos principales razones, la primera porque las dotes de erudicion y de estilo que se advierten en las obras de este poeta, brillan mas en el libro que en boca de los actores; la segunda porque tenemos pocos actores capaces de representar con perfeccion un drama como el de que se trata. Ni Valero ni la Teodora, estuvieron á la altura que la composicion exigia, y si esto tenemos que decir de estas dos notabilidades artísticas del Circo ¿qué podremos manifestar acerca de los demás? Creemos sin embargo que en las sucesivas representaciones se corregirán varios defectos que se han notado en las primeras, y de todos modos que el público premiará con su asistencia los esfuerzos hechos para darle obras dignas de la cultura del siglo y no disparates traducidos.

La academia de Nobles Artes celebró el domingo último sesion pública para la solemne recepcion de don Cárlos de Haes como individuo de su seno. Este eminente paisajista leyó un brillante discurso sobre las vicisitudes porque ha pasado el ramo de la pintura en que le hemos visto sobresalir con tanta gloria.

Los traductores de dramas tienen ahora una monstrosidad nueva en que poderse entretener y es la novela puesta en acción en la *Gaieté* de París con el título de *El Prestamista*. La representación de este drama dicen que dura seis horas: de cinco ya los hemos visto nosotros en nuestros teatros, pero es justo decir que eran también traducciones. El estado de la bella literatura francesa á juzgar por las muestras es poco satisfactorio. Hoy prevalece la literatura política y militante, los folletos sobre el poder temporal del Papa y los opúsculos sobre Italia. De esta clase de escritos también en España se han dado muchos á luz que como de circunstancias pasarán con ellas.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

IV.

De la poética Grecia hemos hablado en el anterior artículo; pero, ¿qué es un artículo, para hablar de la madre patria del arte?

Ni los colosales monumentos de la India, ni las masas imponentes del Egipto, ni las aisladas piedras de los celtas elevan el alma del artista: casi diríamos que forman tan solo un album de colecciones diversas de los primitivos monumentos, levantados al soplo, al *fiat* omnipotente del Gran Arquitecto: son, en una palabra, otras tantas copias de esos puntiagudos Titanes de la creación divina.

La naturaleza, la materia; he aquí las obras de la Arquitectura primitiva. Pero ¡la Grecia! con sus oradores, sus guerreros, sus poetas, la Grecia levanta bajo la transparente bóveda de los cielos, sobre la cúspide de sus montes, coronando sus villas y ciudades, ó sobre el humeante campo de sus victorias, templos armónicos y esbeltos, regulares en sus formas, bellos en el conjunto, donde la materia y el espíritu luchan, porque luchaba también la civilización por abrirse paso al través del oscurantismo; porque la libertad luchaba con la esclavitud; porque el paganismo, — la religión, — luchaba con el panteísmo; porque el espíritu, comprimido en el Oriente, aspiraba á emanciparse, á salir del mundo material, á exhalar el último suspiro, como el alma que abandona el cuerpo inerte para cruzar como la electricidad los espacios y subir á esa región elevada de la inmortalidad.

Y á la manera que las páginas de un libro siguen por su orden correlativo, numérico, al desenlace de su fin, siguen las páginas arquitectónicas á su perfeccionamiento al paso mismo del progresivo desarrollo del linaje humano: la historia del arte monumental sigue el paso, lento ó rápido, de la historia del hombre.

En la India, como en el Egipto, el hombre se estaciona; el servilismo es su vida; su religión el panteísmo, el culto de la naturaleza: sin creencias elevadas, sin aspiraciones propias, sin sentimiento de dignidad, el alma se materializa, sirve también de pária, teocratizase, yace en la inamovilidad; inamovilidad, teocracia, esclavitud, fielmente reflejados en sus monumentos, inarmónicos, pesados, prosaicos. Todos ellos respiran el sepulcral silencio de las tumbas: la naturaleza toda está esculpida en sus internas y subterráneas paredes: como si quisieran huir de la claridad abren á leguas el seno de los montes, é imprimen á sus obras el sello de lo fantástico, de lo impenetrable, del misterio: los sacerdotes monopolizan, la ciencia ocultándola en sus claustros y ó encierran sus artes en la caverna para que no vean la luz de la inspiración, ó las hacen inaccesibles, levantando sobre las mas empinadas peñas aquellas fábricas gigantescas que espantan y sorprenden.

Volved la vista á Grecia: Aristóteles y Platon; Demóstenes é Isócrates; Homero y Pindaro; Fidias y Praxiteles: ahí tenéis sus monumentos; majestad en sus líneas, poesía en sus formas, arte en su estructura, genio en su todo.

Desde que la rústica Grecia de los tiempos fabulosos y heroicos aspiró la primera brisa de la civilización naciente; desde que los colonizadores fenicios, *ciclopes* á decir de los griegos, esparcieron por la Hellenia sus *ciclópeos* ó *pelásgicos* monumentos, y la famosa expedición marítima de los *argonautas*, y la inmortalizada guerra de Troya importaron los restos de la cultura oriental, la influencia natural del Oriente germinaba, como no podía menos, en el progresivo desarrollo de la Arquitectura, como si digéramos, del pensamiento, que por ella y solamente por ella podía entonces manifestarse.

A los toscos y disformes pedruscos, sin orden ni armonía colocados, que formaron los primeros muros de Tirintia, Micenas y Argos, sucedieron Hesiodo, Homero y Licurgo, las Olimpiadas, las escuelas, la discusión libre de los sistemas, y con ella la multiplicidad de filósofos, poetas, artistas y sabios, bajo cuya influencia progresaron prodigiosamente las ciencias y las artes: hasta en la época de Solon se autorizaban leyes, concediendo honores y distinciones á los artistas que presentaban proyectos notables de monumentos públicos, como palacios,

templos, etc.—; Ejemplo elocuente para los pueblos que debieran premiar justamente el mérito y recompensar los afanes y desvelos del hombre estudioso, que sacrifica la mitad de su vida, y á veces su fortuna, al confeccionamiento de un proyecto de pública utilidad!

Solo así, solo con el estímulo, pudo crecer y desarrollarse el verdadero arte; porque no cabe la menor duda de que aquí tuvo su primitiva y mas pura fuente, aquí empezó á brillar ese radiante destello de la Divinidad que ilumina en el día el pensamiento humano; en una palabra, aquí comenzó la verdadera vida del arte, que no era entonces otra cosa que la inspirada transmisión del pensamiento por medio de formas sensibles; paganas, si, pero idealizadas primero por la belleza de las formas, para sublimarse despues por las dulcísimas armonías de la religión cristiana, por los indefinibles arrobamientos del alma, del espíritu elevado á la región de los querubines.

Por eso vemos á los fenicios con esos toscos pedruscos, sin mas trabazon ni mezcla que el ripio incrustado en sus intersticios, formar primero notables templos, como la *Giganteja* en la isla de Gozzo; mas tarde, dando formas poligonales á sus caras y regularizando sus techos, ostentan su progreso en el *Acrópolis* de Tirintia, con mayor perfeccionamiento aun en el *Tesoro de Atreo*, sepulcro de Agamemnon, á decir de la fábula.

Surgen, empero, de la cultura oriental los poetas y sabios regeneradores: pulsa su afinada lira el cantor de los troyanos: brotan de sus tiernas melodías palacios espléndidos y lujosos, como el de Alcínoo, rey de los feacios: enriquece el parlante pincel con preciosos metales y transparente ámbar, y rómpese la esclavitud del pensamiento, como se rompió la esclavitud de la mujer oriental con el cambio de las instituciones políticas. Seis siglos antes de nuestra era nos presenta Pausanias el primer tipo arquitectónico de los griegos formulado en su *orden dórico*. La geométrica proporción de sus líneas encarna en el arte su mas fiel representación, y toma reglas fijas el constructor, que explican la razón lógica de las combinaciones del arte.

Así en el *orden dórico* hallamos esbeltas columnas en vez de los piés derechos, para recibir las *carreras* que en línea horizontal descansan sobre sus abacos; los triglifos, adornando las cabezas de las segundas vigas sobre las *carreras* apoya las; los arquivadas, deslindando y embelleciendo los cuerpos del edificio; las proporcionadas cornisas, representando las salientes partes de madera, destinadas á defender de la lluvia el exterior de la fachada; los modillones ó mútulos, tapando las puntas de las viguetas que forman la base de la armadura en su parte superior; todo, en fin, tiene su razón de ser en Arquitectura, su objeto, su aplicación. Y sin que intentemos ahora investigar la razón estética de los diversos adornos de escultura entre triglifo y triglifo intercalados, como si quisieran con ellos dar vida, expresión, movilidad, al petrificado arte; sin que intentemos descifrar, si las *estrias* de los *fustes* significan los ceñidos pliegues al talle de la hermosa dama, — la belleza, — compañera inseparable del artista; ni si el mas ó menos lujoso capitel imita su mas ó menos ataviada cabellera, bástenos saber, que su conjunto espresa fielmente la fórmula general de la Arquitectura: solidez, magnificencia, armonía; — hablamos del arte monumental.

De ello han sido vivísimos modelos el templo de Júpiter en Olimpia; el Partenon en el *Acrópolis* de Atenas; los Propileas, el *Theseo*, el de Júpiter Panheleno en la isla de Egina, y hasta el exterior del de Apolo Epicureo en el Asia Menor, por mas que su interior pertenezca á otro orden.

Empero, la civilización naciente, que pedía inspiración á los expansivos mares que la circundaban, á las pintorescas colinas, ó los aromáticos bosques de mirto é incienso, á los horizontes mil que al través de su interminable escalinata se dibujaban, no podía menos de encender el fuego creador en la poética imaginación de los helenos, para conducir el arte paso á paso á la perfección: necesitaba imprimir mayor belleza á los detalles arquitectónicos. De aquí el *orden jónico*. De aquí ese sencillo y precioso capitel con sus rizadas volutas, sus graciosas molduras, horizontalmente deslizadas por encima del fuste, sencillas á veces, á veces engalanadas con hojas, flores y otros productos de la naturaleza esculpidos con muy poco relieve. De aquí el progreso de la Escultura, adornando las columnas, los cornisamentos y frontones; ora esculpiendo las astas y cráneos de los animales sacrificados; ora los instrumentos de su ejecución; ora los frutos, guirnaldas y flores, que ofrecían á los Dioses; ora figuras simbólicas alusivas al objeto del edificio. De aquí, en fin, los famosos templos del Iliso, de Neptuno Erecteo, de Minerva-Polias, el de Erichtea y otros muchos.

No se detuvo aquí el arte: la ardiente imaginación de la Grecia sentíase rodeada de divinidades que formaban otros tantos ídolos de sus adoraciones, y en su deseo de espresar ese sentimiento que el amor inspira, creíalas hallar en cada uno de los múltiples objetos de la naturaleza. Exaltábase su fantasía al mirar el nacarado rayo de la luna, ó las transparentes ondas del arroyo, ó el misterioso rumor del bosque; y en cada una de estas armonías de la naturaleza, en cada uno de estos misterios, creía oír el poeta el invisible genio que le hablaba al alma, la tímida mirada de la casta doncella, el

nívoo cuerpo de la silenciosa nereida; en una palabra, la hermosura de la pureza, que despierta en nosotros el nuestro pensamiento.

Así progresando el arte, fuera efecto de la competencia artística entre Corinto y Atenas, fuera, según Vitrubio, debido al genio del famoso Calimaco, apareció el lujoso y aristocrático *orden corintio*, caracterizado por su precioso é inmejorable capitel, verdadero florón de la Arquitectura, con sus horizontales hileras de hojas májeres de olivos y otros arbustos; sus cuatro volutas, que como otros tantos capullos asoman por entre el follaje de cada frente del abaco, y que recibió por último variedad en el adorno que es imposible poderla describir. Pocos modelos se han hallado: el conocido por la *Torre de los Vientos*, y la mal llamada *Lámpara de Demóstenes* son los mas antiguos que de este orden se conocen en uno de los extremos del *Acrópolis* de Atenas, cerca de trescientos años antes de nuestra era.

Hay además, siguiendo al arte su rauda vuelo en el interminable campo de la variedad y la belleza, otros *órdenes* de decoración puramente: el *cariatides*, el *pérsico* y *ático*, que, prescindiendo de las fabulosas narraciones de Vitrubio, según otros autores, fueron hijos mas bien de un cambio de ornamentación, que de una variación radical en el tipo.

Muy escasos son los templos de estos tres órdenes; bien que el *cariatides*, por ejemplo, fue debido según la mitología griega, á que los lacedemonios reemplazaron las columnas de los templos de Diana con estatuas, que representaban las hermanas de Carias transformadas en piedras por Baco y adoradas bajo el nombre de *Cariatids*. Encuéntrase este nuevo género de columnas en el pórtico del Pandrosion de Atenas, del Júpiter Olímpico de Agrigento, y de otro notable edificio de la Salónica, conocido mejor por *La Encantada*. El *pérsico* era el mismo, solo que en vez de ser femeniles las estatuas eran de hombres: esto es, los persas, según Vitrubio, vencidos por los lacedemonios en la batalla de Platea y colocados allí, como trofeo de su valor. El *ático* consiste en un sencillo cuerpo de poca altura levantado sobre otro principal y adornado con pilstras y cornisamentos de distinto género de los otros órdenes.

Así continuó la Arquitectura, de progreso en progreso, hasta el reinado de Pericles, en que llegó á la edad de oro. Un siglo despues, los macedonios subyugaron la Grecia en la famosa batalla de Queronea; pero al conquistarla Alejandro Magno volvió la Arquitectura á su mas brillante apogeo. Dos siglos despues, muerto el célebre conquistador, griegos y macedonios cayeron bajo el dominio de los romanos, y empezó con la pérdida de su libertad la decadencia de las artes, para renacer en Roma con mayor esplendor.

Hay, sin embargo, un notable contraste en este rápido bosquejo del progreso del arte en Grecia. Hay precisamente la mágica influencia de la Arquitectura en la civilización; y su parte filosófica, que es la filosofía del arte, encierra apreciables consideraciones, que serán objeto del siguiente artículo.

M. NIEVES DE LA VEGA.

EL CABALLERO SIN TACHA.

Madrid le conoce;
mañana á las doce,
Jurmiendo, hecho un bolo,
diez horas *tan solo*.
Se pone la bata,
y al criado maltrata
con términos soeces
y á palos á veces,
porque este cristiano
llámole *temprano*.

El criado petate
le da chocolate
de puro Caracas,
y leche de vacas.
Y va el peluquero
que, armado de acero,
y esperto en la liza,
le afeita, le riza,
le atusa, le soba,
le peina y le adoba.

Hácia él van llegando
gruñendo y brincando
con gran desentono,
tres perros y un mono;
y el dueño escelente
les da para el diente
de carne una presa,
y el pan de su mesa
que niega al mendigo
sin casa, ni abrigo.

Despues que el mastuerzo
le sirve un almuerzo
de pollo y ternera,
con rico Madera

que nunca le falta,
al tilburi salta;
y no hay calle angosta
que no cruce en pos a,
rompiendo acá un brazo
y allá un espinazo.

Tambien tiene citas,
apuestas, visitas,
ó algun desafio
camino del rio.
En ciencias, no se hable;
es hombre notable,
pues todo lo ignora,
y al mundo enamora;
razon que le augura
fortuna segura.

Asi que de buena
pitanza se llena
comiendo por cuatro,
concorre al teatro;
ya en él echa un sueño;
ya pone mal ceño;
para él son peores
comedias, y actores,
y trajes, y orquesta,
pues todo le apesta.

Despues que en la orgia
de noche hace día,
ó la honra atropella
de casta doncella,
y un rey ó una sota
los cuartos le agota,
el sueño le llama;
se enrosca en la cama
como un cocodrilo.....
y ronca tranquilo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

AMOR DE MONJA.

(CONTINUACION.)

XX.

Por la mediacion de don Pedro todas las dificultades se allanaron.

Cuatro años despues, una hermosa niña blanca y rubia entraba en la celda de sor Asuncion.

Aquella niña se llama Carlota.

Aquella niña era el último amor de nuestra monja.

La vida de Asuncion se alimentaba exclusivamente del sentimiento, y de un sentimiento relativo á su imaginacion escesivamente impresionable y soñadora.

Desde el momento de la adopcion de Carlota, sentia su alma llena, alimentada como ella necesitaba llevar el alma: con un amor doloroso, infinito, abnegado, heróico.

Y decimos heróico, porque Carlota habia venido á poner á Asuncion en condiciones difficilísimas, en incompatibilidades tremendas.

Muy pronto comprendió que era muy difícil ser á un tiempo buena monja y buena madre.

O el coro y los ejercicios y el cuidado de las cinco educandas habian de robar tiempo al trabajo, esto es, al medio de manutencion, de crianza de la niña, ó el tiempo invertido en el trabajo debia robarse á las otras sagradas obligaciones.

Carlota era mas costosa de lo que á primera vista hubiera podido creerse, porque Carlota representaba á una robusta é insaciable ama de cría á quien era necesario mantener convenientemente, sopena de que la niña no estuviese convenientemente mantenida.

Y los pequeños gastos que se multiplicaban.

Y las exigencias interesadas del ama y del andadero, á que no sabia resistir la buena Asuncion.

XXI.

Era un dolor ver á la pobre jóven (palabras originales de quien me ha referido esta historia), inquieta en el coro, anhelando la conclusion del rezo, y estremeciéndose porque su rezo no era todo lo devoto que debiera: saliendo del coro con remordimiento de no haber rezado bien, y corriendo á la celda para revolver peroles, cacerolas, bizcocheras.

Ver la multiplicacion de una hornilla en otra, aquí clarificando almíbar, allá bañando bizcochos, acullá amasando penosa y duramente la masa de mantecado, sufriendo, alentando con pena, caída de un lado la toca, del otro lado el hábito, que dejaba ver un hombro blanquísimo y mórbido: preparando al mismo tiempo la cena de las educandas, sirviéndosela, acariciándolas, acostándolas despues y luego, sola allí, entre el hervor de las vasijas, sintiendo la flama de aquellas hornillas, acudiendo en momentos críticos para que tal confitura no se pasase de punto, para que la almíbar de tal perol en que se habian invertido dos arrobas de azúcar no se abrasase: dejando avanzar la noche, hasta que á las doce sonaba la campana de maitines, y era necesario suspender el trabajo, apagar las hornillas y marchar al coro: verla

volver á las tres, lenta, abatida, cansada, pálida, acercarse con dolor y casi con remordimiento á un lecho donde solo habia de reposar dos horas, y aun así de una manera inquieta, perseguida hasta en su triste reposo, por sus apuros, por sus temores para el porvenir, por la inseguridad de un trabajo continuo.

Y luego al sonar la matraca, á las cinco de la mañana, levantarse con la cabeza dolorida, con el cuerpo cansado, y volver á un trabajo impropio, porque solo á costa de un trabajo impropio, imposible, podia una débil mujer ganar con dulces, y flores, y escapularios, y velas rizadas, lo necesario para cubrir las atenciones que habia cargado sobre sí.

Muchas tardes no podia ir á visitar en su tumba á la madre Purificacion, y esto la atormentaba: la hacia llorar: la parecia un crimen el faltar á aquella piadosa visita.

Pero todas estas penas se compensaban cuando la llamaban para bajar al locutorio.

Asuncion lo abandonaba todo, corria desalada por las crujias, bajaba violentamente las escaleras, entraba anhelante en el locutorio, y se detenía un momento estática.

Carlota desde los brazos del ama la estendia sus brazos.

Parecia que el calor del alma de la monja se hacia sentir instintivamente en el alma de la niña: parecia que una fatalidad misteriosa las unia.

XXII.

El ama ponía á Carlota en el tornillo, y le daba lentamente vuelta.

Asuncion recibia la niña, la besaba, se sentaba en el suelo, la bamboleaba, la reia, y de repente se levantaba y salia al torno: la tornera habia de besar á la niña, sopena de que Asuncion se disgustase: luego feliz, loca, subia á saltos las escaleras, atravesaba las crujias, presentaba á Santa Isabel su hija, deteniéndose un momento frente á su imágen, y luego se entraba en la celda de la abadesa, que siempre tenia una caricia para la inocente y una dulce reprension á la jóven por aquel amor tan apasionado, tan esclusivo, de lo que Asuncion se disculpaba con las palabras siguientes:

—¡ Ah, señora! ¡ yo debo hacer por esta criatura, lo que mi buena madre hizo por mí! ¡ y ella me amaba tanto!

La abadesa sonreia, daba un beso y un bizcocho á Carlota y despedía á Asuncion, murmurando siempre cuando habia salido de la celda:

—Me parece que sor Asuncion, da de comer demasiado al enemigo por esta niña.

A lo que contestaban las legas con un candor adorable:

—¿ Qué quiere V. madre abadesa? como la pobre no ha sabido lo que son padres, quiere saber lo que son hijos.

XXIII.

Asuncion pasó cuatro años horribles de trabajo, de ansiedad, de desvelos, hasta que criada ya Carlota, pudo entrar en el convento y vivir á su lado.

Desde entonces, Asuncion, á quien nadie esplotaba ya á pretexto de necesidades de la niña, comprendió que sin trabajar tanto, sin desatender el coro, sin dejar de hacer su visita diaria á su amor muerto, podia atender cumplidamente á su amor vivo.

Naturalmente, por salidas sucesivas del convento, se habia disminuido el número de sus educandas.

Al fin, cuando Carlota cumplió los ocho años, Asuncion se quedó sola con ella.

Hemos pasado por alto detalles, pequeñeces que nada añadirían al interés de nuestra historia.

Asuncion era feliz: Carlota, hermosa y cándida como un ángel, estaba fuertemente encariñada con ella: Carlota tenia viveza de imaginacion y lo aprendía todo: era dócil y contemplativa y Asuncion creia que llegaría á ser con el tiempo una buena monja.

XXIV.

Carlota tenia los cabellos negros y ondeados, la frente pálida, los ojos grandes, rasgados, opacos, densamente negros, dejando ver allá en su fondo algo de apasionado, algo de terrible, á pesar de sus pocos años: era delgada, espigadilla: todas las niñas son así á los ocho años: pero habia en ella algo de precocidad: algo de prematuro: si sonreia, sonreia de una manera triste; cuando besaba á su *chacha* Asuncion, cerraba los ojos y al abrirlos dejaba ver en su foco algo ardiente.

Las monjas eran poco prácticas y Asuncion demasiado inocente para que pudiesen adivinar en el ser de Carlota una propension fatal al amor: el germen oculto en el alma de pasiones violentas, de aspiraciones para las cuales habia necesariamente de ser pequeño espacio el claustro.

XXV.

Habia en el convento una especie de galería alta, grande, polvorienta, cubierta por una negra montera de pino, con luces solo á la parte norte y grandes marcos cubiertos con enrejados de alambre, que impedían la salida á

las gallinas, á las palomas, á los pavos reales que las buenas monjas tenian en la galería.

Desde allí únicamente, podia verse algo fuera de las pardas tapias, de los negros tejados del convento.

Lo que se veía únicamente era una alta colina, y sobre la colina, en toda la estension de su cumbre, un antiguo castillo de moros.

Carlota, en su necesidad de estender su alma mas allá del convento, se habia encariñado con lo que las monjas llamaban galería y no era otra cosa que un gallinero: desde allí al menos veia espacio, aire interpuesto á objetos distantes y sobre los torreones del castillo, pequeñitos como puntos negros, seres humanos que no estaban cautivos, y que desde aquella altura contemplaban la ciudad tendida á sus piés.

Carlota, por una tension irresistible, por una necesidad de expansion, se escapaba á la galería, siempre que las ocupaciones de Asuncion ó el piadoso deber que se habia prescrito de visitar todos los días la tumba de la difunta abadesa, la dejaban un momento de libertad y se pasaba horas enteras abstraída, contemplando los objetos exteriores, los árboles que orlaban la colina, los muros del castillo, los seres que vagaban por ellos, con la misma melancolía que el pájaro cautivo que ve desde su jaula el espacio y no puede cruzarle con sus alas.

Allí se veía precisada á ir á buscarla Asuncion, que jamás la reñía, pero que suspiraba al notar que Carlota podia pasar largos espacios de tiempo sin estar á su lado, cuando ella no podia vivir sin su niña.

XXVI.

Pero fuera de estas pequeñas contrariedades, Asuncion era completamente feliz.

Se habia quedado sin educandas, consagrada completamente á Carlota y servida por una doncella.

El quehacer de los dulces, reducidos ya los gastos, no era impropio, no era afanoso.

Destinando al descanso las horas necesarias, asistiendo con tranquilidad al coro, trabajando moderadamente, Asuncion adquiria no solo lo necesario para cubrir sus atenciones, sino tambien para que la quedase un pequeño remanente cada día, que iba á aumentar en el ángulo de un viejo cofre un fondo destinado á constituir el dote de monja de Carlota.

Porque Asuncion no comprendia que una mujer pudiese ser otra cosa que monja.

Sin embargo, esta felicidad tan pura, tan tranquila, se nublabá de tiempo en tiempo.

Acontecia esto cuando Asuncion abria cierto libro, y veia dentro de él cierto objeto.

Aquel libro era la Vida de la Madre Agueda.

El objeto que aquel libro contenia era un papel ya amarillento.

Aquel papel era la carta que la habia escrito la madre de Carlota.

Aquella carta contenia un período terrible para Asuncion.

« Si un día puedo reconocer, reclamar á mi desdichada hija, decia aquel período, la prueba de que soy su madre, será una copia de esta misma carta, escrita por mi mano.»

Habia, pues, una posibilidad de que un día una mujer se presentase y reclamase por hija suya á Carlota y se la llevase.

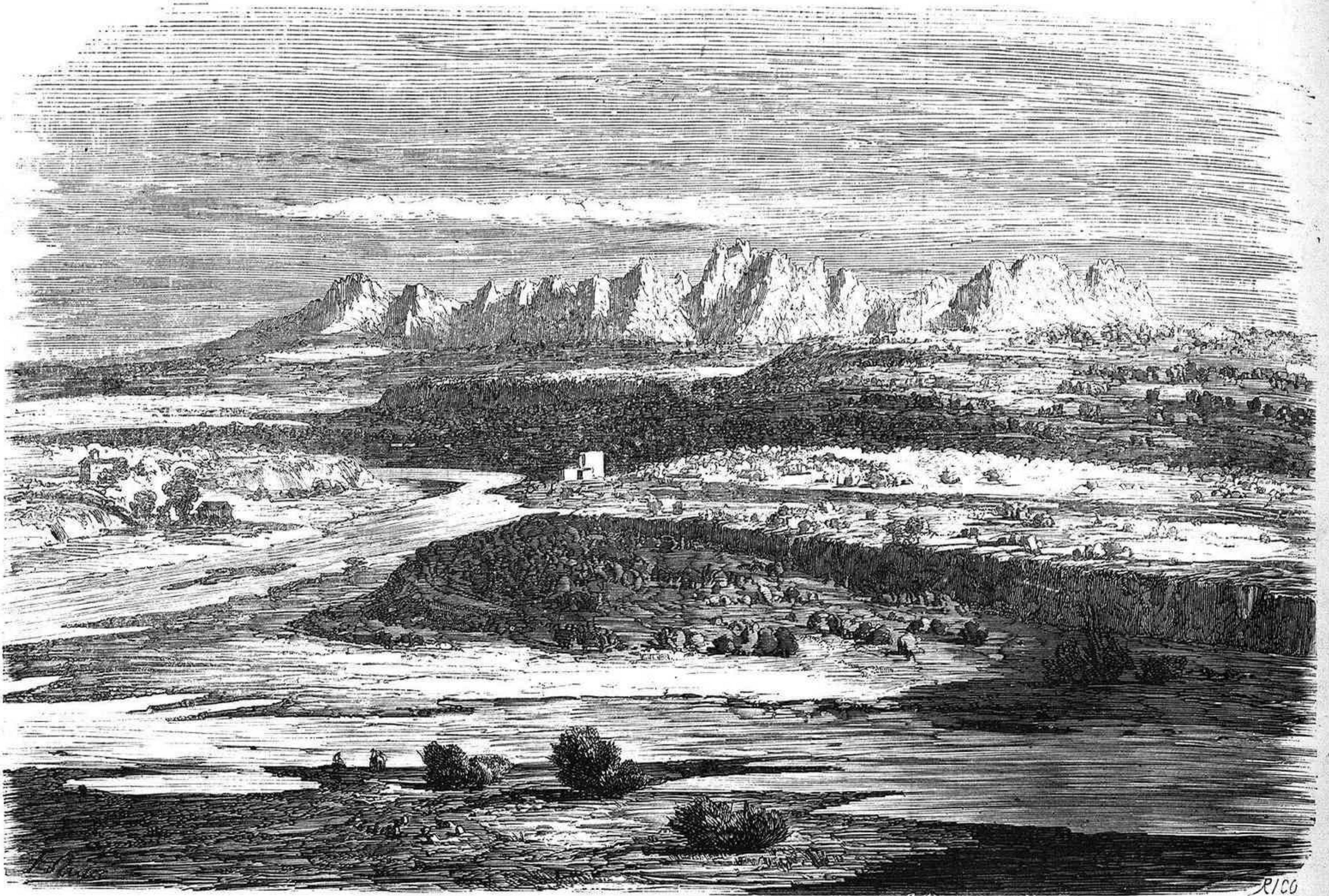
El temor de que llegase este día aterraba á Asuncion, la entristecia, la hacia llorar.

Porque Asuncion habia concentrado en Carlota todos los amores, toda la actividad de que es susceptible el alma de una mujer constituida en el mayor grado de sensibilidad.

XXVII.

Una ligera palidez en el hechicero semblante de Carlota, una lágrima instintiva escapada de sus ojos, una tos repetida, un suspiro levemente doloroso de la niña, una inapetencia, cualquier síntoma de malestar en ella, por pequeño que fuese, asustaba á Asuncion, que iba desolada á arrodillarse delante de la imágen de Santa Isabel, á llorar al pié de la tumba de la madre Purificacion, á pedir á la abadesa licencia para hacer durante la noche por las lóbregas crujias del convento, los duros ejercicios de la Madre Agueda.

Y aunque la noche fuese oscura, medrosa y fría; aunque la soledad mas imponente reinase en el convento, Asuncion al volver del coro despues de haber entrado de puntillas en el dormitorio de Carlota, de haberla contemplado con ansia, con enamoramiento, con un no sé qué infinito que embellecia sus pequeños ojos azules; de haber besado levemente, pero con un beso de fuego la pequeña rosada y entreabierta boca de la niña dormida, salía de puntillas como habia entrado, se dirigía con una precipitacion febril á un cuartucho lóbrego donde habia una multitud de cruces negras, desde un tamaño y un peso ligeros á un tamaño y un peso enormes, así la mayor, la mas pesada, se la cargaba, y descalza, sin luz, rezando fervorosamente, agoviada bajo el peso de la cruz, recorria como un fantasma blanco y negro que dejaban ver de trecho en trecho las lámparas agonizantes encendidas delante de los santos esparcidos por las crujias y por los claustros, recorria el *Via crucis*, se detenía



MONTAÑAS DE MONSERRAT, VISTAS DESDE SAN IGNACIO DE MANRESA.

en la puerta del osario, se arrodillaba durante un largo espacio y abrumada siempre por la cruz se postraba delante del sombrío altar del salón de *De profundis*, hasta que á la venida del día, estenuada, helada, enferma, volvía á dejar la cruz en su depósito y á entrar de puntillas en su celda y en la alcoba de Carlota, cuyo dormido semblante tornaba á contemplar, siempre ansiosa, siempre enamorada, siempre anhelante.

Yesto se repetía, y se aumentaba con flagelaciones con ayunos, con penitencias, hasta que la niña recobraba su tenue y puro color, su dulce sonrisa, la melancólica paz de su semblante.

XXVIII.

Nosotros no nos atrevemos á condenar ni á absolver el amor de Asuncion por Carlota.

Mas claro: nosotros no sabemos si aquel amor era ó no un pecado, considerado aquel amor desde el punto de vista del catolicismo.

Quédese esto para los doctos y severos varones cuya mision es estudiar el alma humana con relacion á lo divino.

Nosotros, lo que deducimos de lo que se nos ha referido, puesto que de ningun modo hemos podido ser testigos de la vida íntima de sor Asuncion, es que esta habia nacido para amar: que en su amor, como en todos los amores del mundo habia mucho de sensual mezclado á un idealismo *sui generis*: pero como el pecado nopuede existir, ó al menos nosotros, salvo error, creemos que no puede existir sin prévia intencion de cometerle, sin la conciencia perfecta de que se comete, afirmamos que Asuncion, ciega por su inocencia, sentia un amor puramente humano, impuro si se quiere...

Porque Asuncion amaba, como monja sí, pero con toda la intensidad del amor de la mujer á Carlota.

Amor de monja inocente y puro en la conciencia: velado por una poética ignorancia, pero amor al fin á la criatura, hartamente distinto de ese otro amor divino que tambien por la criatura se siente, que se llama caridad.

La caridad habia empezado la obra. La sensualidad la habia terminado.

Y sin embargo la pureza de Asuncion era immaculada como la nieve que se

derrite en las alturas sin haber sido tocada mas que por el viento y por el sol.

Misterios inherentes á nuestra flaqueza, á nuestra impura organizacion humana.

Pero estamos caminando sobre espinas.

Nuestros lectores nos han comprendido, segun creemos, demasiado.

Pasemos adelante.

XXIX.

Y pasaron siete años.

Carlota cumplió quince.

Asuncion cuarenta.

La comunidad la declaró madre.

La dieron la enhorabuena y hubo un pequeño festin, uno que llamaríamos chocolate, en la celda de la nueva madre.



COPA DE CRISTAL DE ROCA QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE CIENCIAS DE ESTA CORTE.

Pero aquel día, que la daba cierto aumento de carácter, una posicion mas respetable, para decirlo de una vez, la trajo una amargura prevista, pero no esperada, como se prevee una desdicha probable, que el egoismo, que el temor, nos hacen creer que no sucederá.

XXX.

Asuncion habia sido llamada para una visita al locutorio. Bajó con estrañeza, porque ella fuera de su confesor no conocia á nadie, y la habian anunciado un nombre de mujer.

Encontró una señora vestida de negro, como de cuarenta años, muy pálida, muy delgada, y cuya primera vista la causó una impresion dolorosa.

En efecto, aquella señora era perfectamente antipática. Despues de los saludos, de una ligera introduccion, y de algunas preguntas y respuestas cambiadas, que fueron

poniendo mala á Asuncion, como si lentamente la hubieran introducido un puñal, aquella mujer acabó por sacar del bolsillo una cartera, y de la cartera un papel doblado, que puso en el tornillo y que recogió temblando Asuncion.

Desdobló el papel y le leyó con los ojos turbios, estraviados.

—Es la copia de la carta que recibió V. hace quince años, madre, dijo aquella mujer: esa copia está escrita por mí, como por mí fue escrita aquella carta: puedo escribir delante de V. para que me reconozca: yo soy la madre de Carlota y vengo por mi hija.

Asuncion miró á aquella mujer, no como la monja tímida é inocente que en silencio sufre y llora, sino como la leona herida á quien arrebatan su cria; estendió hácia la madre de Carlota las manos crispadas, cayó de rodillas, y luego vino al suelo sin sentido.

(Se continuará.)

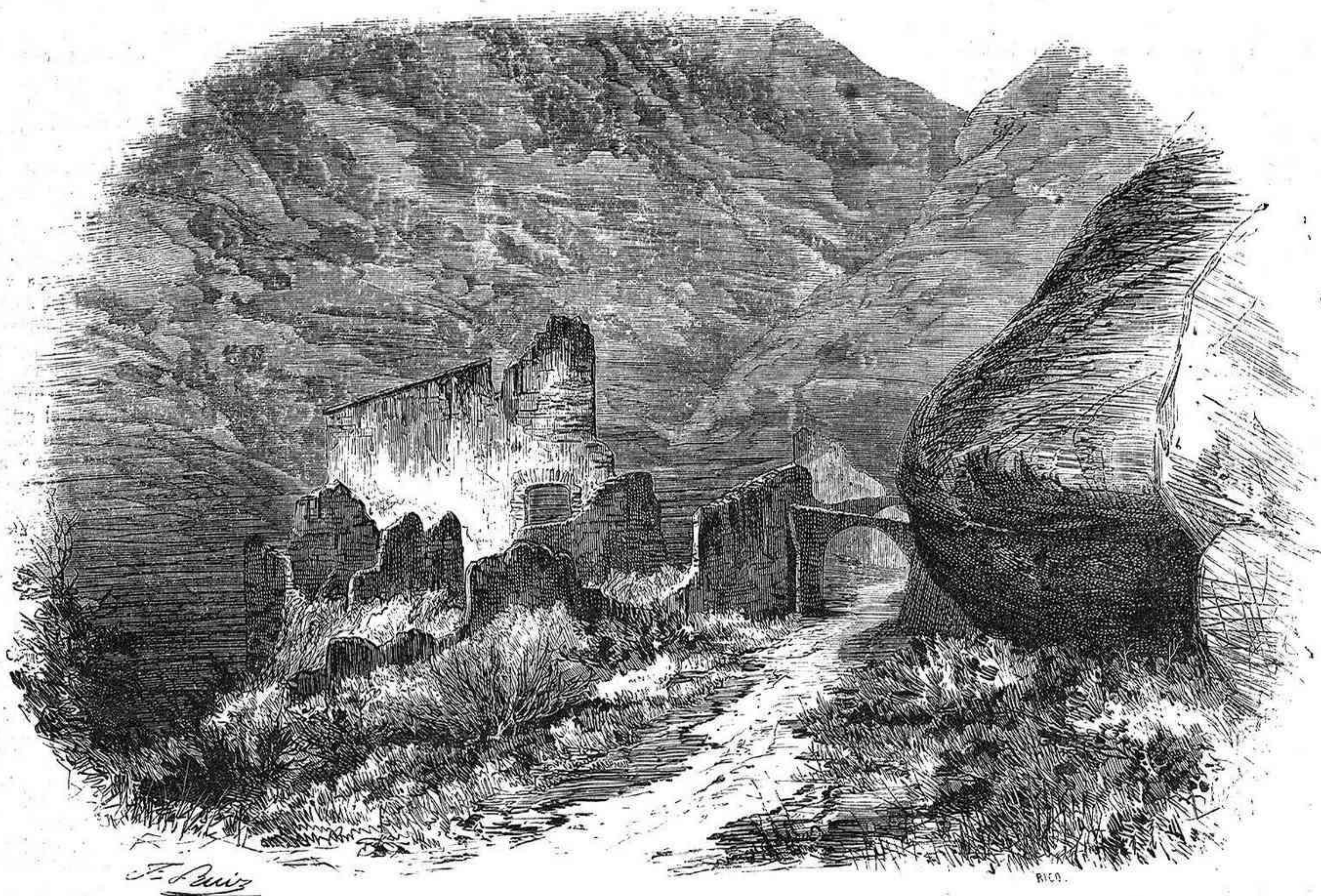
M. F. Y GONZALEZ.

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT.

II.

LA MONTAÑA.

Siguiendo el hilo de la narracion que en el año pasado comenzamos, diremos



RUINAS DE LA ERMITA DE SANTA ANA EN MONSERRAT.

que allende y á cosa de media legua de Esparraguera, comienza el país á ofrecer un aspecto montañés: las unidas planicies van convirtiéndose en quebradas torrenciales, las dehesas en arrecifes, y los olivares y viñedos en pinos y matorrales. Pero de todo se prescinde ante la grandiosa mole que en saliendo del pueblo se ofrece á la vista del expedicionario.

¡Hedla ahí, hedla la santa montaña, la asombrosa maravilla, deseado término de nuestra peregrinación! ¡Vedla erguirse, crecer, desplegarse y tenderse á lo lejos, con sus cumbres *aserradas* y sus flancos de profundo seno! ¡Ved al fin la catalana Tebaida, el nuevo Sinaí, que oculta en el cielo su atrevida cúspide, como para velar entre nubes el sacro consorcio de una misteriosa comunicación! ¡Ahí teneis el asombro de los siglos, el singular fenómeno, producto espantable de alguna convulsión subterránea, donde tan al vivo resplandeció la majestad de aquel Ser cuya mano forja el rayo y reprime los huracanes!

Pero no es hora aun de admirarnos: el espíritu sobreexcitado siente una emoción indefinible; medroso, percibe sin comprender, y sobreexcitado por lo imponente del cuadro, no sabe entrar todavía en la apreciación de pormenores.

Aquella dilatada sucesión de peñas tendiéndose en simétrica línea de E. á O., parece una vasta muralla de encantada fortaleza donde deben de encerrarse extraños prodigios; sus cerros mas culminantes, son torres que la presidian; sus picos mas enhiestos, mudos gigantes consagrados á su defensa: ¡ay del profano que ose atravesar el santo vallado con corazón impuro!

La vista de Montserrat por su lado oriental, único que se despeja viniendo de Barcelona, es sin duda la menos curiosa, semejando un cono truncado ó ancho pan de azúcar, con dos aristas muy pronunciadas que le surcan, y

dos crestas por remate, ligeramente dentellada la de la izquierda, al pié de la cual en uno de los primeros espolones se cobija el santuario.

Su extremo posterior y occidental, que fenece casi en punto por cima del feo parador de Casa-Masana, solo presenta un hacedillo de picachos tubulares, á manera de juego de bolos, dominado airoosamente como verdadera atalaya, un desfiladero angostísimo, teatro no pocas veces de escenas sangrientas y de lances comprometidos.

La perspectiva mejor es hácia las laderas de S. y N., que se despliegan sistemáticamente en longitud de mas de legua y media, desde el ya dicho lugar de Collbató hasta la triple sucesión de casuchas que componen el cortijo del Bruch. Pisemos reverentes un suelo que en ocasiones muy gloriosas ha sido regado con sangre de mártires, y apresurémonos á gozar del bello efecto que por esa falda, y aun mejor por la opuesta, mirada de alguna distancia, causan las peregrinas sierras de esta montaña curiosa y amenísima.



NUESTROS SOLDADOS ACOMPAÑAN AL CAMPAMENTO MARROQUÍ Á UNA MORA Y DOS NIÑOS. (DE UN CROQUIS.)

Cuanto de mas chocante pueda idear la imaginacion, ó inventar el pincel del humorista, vese allí realizado con una riqueza y variedad de todo punto incomparables. Diríase al primer aspecto un órgano monstruoso de millares de flautas, una catedral inmensa de centenares de agujas, una magnífica sarta de tréboles góticos que en varios grupos forma otras tantas coronas ofrecidas por la misma naturaleza y brotadas espresamente de la sierra, en honor de la que reina sobre los cielos y sobre los mundos. ¡Cuánta poesía no imprime á aquellos sitios la idea religiosa que los ha santificado!

Si el Monserrat estuviera en Inglaterra ó en Suiza, no habria pensil mas ameno ni oasis mas encantador; sus veredas serian trilladísimas, y sus primores naturales se verian realizados con el mas refinado arte. Desgraciadamente la desidia española ha hecho muy poco para secundar á la naturaleza, y aun á veces el pestífero hábito de nuestras discordias ha llegado hasta aquel retro, para convertir en páramo desolado su plácida y amable soledad. Citaremos solo un ejemplo: el hermoso camino carretero que á mucha costa abrieron los religiosos en el pasado siglo, el cual en ancha calzada de cinco varas por término medio y con estension de mas de tres horas, serpentea suavemente y sin peligro por el recuesto del monte, con dificultad ha logrado sobrevivir á las aunadas degradaciones del tiempo y de los hombres, habiendo quedado á grandes períodos punto menos que intransitable, sin embargo de lo muy necesaria y preciosa que es su conservacion.

Dar cuenta de las emociones que durante su ascenso embargan al viajero, es en verdad tarea de empeño no escaso. Conviene, como nosotros, haber recorrido aquel trayecto báculo en puño y album en mano, para saborear todo el embeleso de las alternativas que por un lado ofrecen los paisajes tendidos cual régia alfombra á los piés de la montaña, y por otro las horribidas moles que avanzan erizadas y amenazadoras, como para retraer á los incautos que turban con su algazara el reposo de aquellos sitios.

¡Venid, amables turistas, los de imaginacion ardiente y de alma entusiasta! ¡Acercáos, cuantos sepais comprender los encantos de una serena tarde de primavera en el nutrido suelo y bajo el purísimo cielo de Cataluña!

El astro del dia corre á esconderse entre árboles espléndidos, hiriendo al soslayo las planicies mas avanzadas ó las cumbres mas surgentes, que en tonos de oro y nácar se descubren sobre un fondo de masas no alumbradas, perdidas en vaga penumbra al través de los reflejos crepusculares.

Decid si cabe mas risueña perspectiva que la de esa linda vega Manresana, tan graciosamente situada mas allá de los cigarales y pinares que pueblan las avenidas del monte, tan galana con sus ópimos plantíos, sus vallecillos alternados de colinas, sus campos orlados de setos, fecundizados por un rio que culebrea al través, alimentando una poblacion patriarcal que vive en aseadas alquerias, viendo hasta la segunda generacion de sus hijos.

Y todos los accidentes de esa decoracion espléndida, aparecen bañados en prismáticos effluvios, nadando en ondulaciones cerúleas, chispeando en mil tonos, brillando con mil matices.

Y una vaga neblina va corriéndose por las faldas de los collados; la brisa pasa susurrando, perfumada de aromas silvestres; las golondrinas voltean, aleteando con alegres chillidos.

Y extraños ecos se repiten por las quebradas; vagos murmullos en lenguaje sin nombre; indecibles armonias de beatitud y misterio; crepitaciones indefinidas, sobre las que acaso despuntan el trémulo son de lejana esquila, las agudas notas de un caramillo pastoril, ó los suaves trinos con que enamora á Filomela el solitario cantar de la enramada...

Pero volved los ojos y vereis cómo cambia el cuadro.

¿No se presentó jamás en vuestros sueños la idea de torres altísimas á las que vanamente intentábais subir, abismos sin fondo de los que inútilmente procurábais escapar, grandes murallones de una ciudad titánica que se prolongaban hasta perderse de vista, ó se estrechaban hasta dejaros sin salida; insuperables moles gravitando por cima de vuestra cabeza, horribles precipicios ejerciendo sobre vosotros una vertiginosa atraccion? Pues bien, todo eso se realizará con horrible verdad á medida que avanceis por el camino del monasterio.

Ya al doblar las primeras quebradas sobre un almohadillado de banquetas horizontales, colúmbrase una abertura á guisa de puente natural, formada por dos rocas que al caer tropezaron en sus vértices y quedaron suspensas á bastante elevacion casi encima de la carretera. Dificilmente el venado mas ágil escalaría aquel agujero; sin embargo, es fama que el que logra atravesarlo, siendo hombre se convierte en mujer, y siendo mujer, en hombre. No sabemos cómo tomarian algunos la metamorfosis; pero sin duda el ánimo mas esforzado, subiendo allá, podría tornarse de mantequilla, y la hembra que fuese capaz de acometerlo, b en merecería el timbre de varonil.

Faltan palabras con qué describir y colores con qué pintar al veleidoso juego de los pedruscos que á cada vuelta se ofrecen, ya promiscuados en revuelto tropel, ya hacinados en osadísimas sobreposiciones; ora henchidos con horrenda protuberancia, ora deprimidos en múlti-

ples angulosidades ó en curvas hondamente surcadas; unos pelados y enjutos, otros escabrosos, vestidos de pomposo ramaje y destilando de su seno purísimos manantiales.

Si no fuesen obra asombrosa del poder de Dios, los tomaríamos por evocacion mágica de alguna ignorada Medea. ¿Quién no verá con estupor aquellos riscos que en vigoroso contraste se saltean, bajo acusados tonos de luz y sombra, ofreciendo á la par las figuras mas chocantes, las formas mas heterogéneas, las combinaciones mas variadas y las disposiciones mas incógnuas; unas veces á semejanza de vastísimos anfiteatros ó de profundas lonjas y galerías, otras de palacios gigantescos ó de kioscos y capillas aéreas; aquí lisas torres y columnatas verticiladas, allí simples bóvedas ó aristadas arcaturas, alcázares y chozas descomunales, haccillos, repisas, doseletes, carámbanos oscilantes, aludes detenidos, cascadas suspensas, árboles petrificados.

En diverso concepto todos los estilos arquitectónicos conocidos ó no, desde el anta á la pirámide, desde el speos hasta la basilica gótica, aparecen tipos embrionales con su genuina representacion; el ara sencilla de los antiguos patriarcas, el dólmén en que los druidas ofrecian sangrientos holocaustos; el vasto presidio de las ciudades babilónicas; los obeliscos de Luksor y de Partenope; las criptas de Ellora y de Elephanta; la pagoda india, el propileo griego, el arca romano y la necrópolis.

¡Cuán esbeltas no se alzan las agujas de cada picacho! ¡Cuán airosas sus dentelladuras! ¡Cuán afiligrada su crestería! Allí tendrán sus juntas las hadas ó los gnomos si las tienen en alguna parte.

Viendo desfilar aquella sucesion de mamelones, la exaltada fantasia antójase prolongadas comitivas de fantasmas, remedando en silueta quiméricos bultos de frailes encapuchados, brujos de puntiagudo bonete, enanos monstruosos con exageradísimo turbante, e cuálicas sillides de lacia vestimenta, tétricas visiones envueltas en sudarios; caricaturas risibles, botargas achaparados; todos los vestigios de una noche de invierno, todos los aparecidos de un cementerio, todos los endriagos del tiempo de los Amadises: verdadera falange de cocos suscitada por arte de cábala ó talismanes puestos para custodia de aquellos sitios encantados.

Todo lo es á la vez la maravilla que vamos describiendo: arcano insondable, misterio permanente, asombro de la naturaleza. Es la realizacion de una visualidad fantasmagórica; una pesadilla convertida en verdad; el conjunto de los primores que aisladamente ofrecen los vergeles de Andalucía y las sierras Alpestras, los ventisqueros del Vorarlberg y las neveras del Spitzberg; una cosa única y sin par, evidente milagro de Dios, á cuya vista el hombre se reconoce pequeño, y abismada su razon, confundido su espíritu, por poco que sepa admirar y sentir cae de rodillas, cree y adora.

¡Qué mucho, siendo esta la catedral de las montañas, propio escabel de la segunda imágen que en su eminencia resplandece desde los primeros siglos del catolicismo, á los piés de la cual cincuenta generaciones vienen rindiendo homenaje, despues de aclamarla por todo el orbe como trasunto prodigioso de la que es reina de los ángeles, madre de los cristianos, refugio del oprimido, estrellita del catalan!

Monserrat al igual de San Llorens del Mont y del Monseny, descuella azaz por elevarse en situacion despejada sobre la red de colinas que se esparce al E., si bien no iguala á las cumbres medianas del Pirineo, de cuyos últimos ramales depende, viniendo á ser su mas adelantado centinela. Sito en la raya de la antigua region de los ausetanos, y partiéndose como limite entre los dos obispados de Vich y Barcelona, á siete leguas de esta, tres de Igualada y otras tantas de Manresa, por los 44° 36' 18" lat. N. y 3° 30' longitud E. descubre un horizonte vastísimo, por manera que el curioso, desde su mirador mas alto á seis mil piés sobre el nivel del mar, puede casi abarcar de una ojeada todo el ámbito de las cuatro provincias catalanas, partiendo de sus confines N. y E., hasta las azuladas costas baleáricas veinte y cinco leguas al S., y allende las montañas de Fraga al O.

Su planta es oblonga y poligonal, de unas ocho leguas de perímetro, en direccion E. S. E. á N. N. O., formando un ángulo obtuso en su cabecera al N. E., con numerosas proyecciones y sangrías por ambos costados, señaladamente hácia su mitad primera donde estriban las mesetas culminantes. Como rindiéndosele, el Llobregat tuerce el curso y viene á lamer su raiz encajonado en un canalito que atraviesa el pueblo de Monistrol, y separa nuestra montaña de las colinas de Casa-Tobella, San Salvador, Pinguentós y San Pedro Zacama, donde á trechos asoman formaciones semejantes á las singulárisimas peñas de ella, única analogía que de las mismas quepa señalar.

Es verdaderamente tan original la formacion geológica del Monserrat, que aun no ha habido naturalista capaz de resolverla á satisfaccion; cómo se explica en efecto, que una masa compuesta de riscos, no tenga porcion alguna de roca viva ó pedernal, ni pizarras, ni canteras, ni fragmentos volcánicos, siendo al contrario cada peña, ó mejor cada pedrusco, una agregacion de peladillas de granito, cuarzo, piedra de toque, etc., aglutinadas por medio de un betun natural calizo-arenisco, á semejanza de la brecha ó almendrilla que hay en Alepo y en algun otro punto de Asia? Estos caracteres presuponen una

anexion gradual, durante larguísimos períodos de inmersion; ¿pero qué avenida pudo sumergir estos elevados cerros sin que abarcase los bajos inmediatos? Por otra parte, el cuerpo de la montaña forma capas mas ó menos gruesas de E. á O., con inclinacion contraria al mar, dejados por un gran cataclismo, ó por incubaciones anteriores á todo cálculo científico; siendo cosa averiguada que el declive de las aguas ó de los sedimentos en tales casos, converge siempre al mar, siguiendo las leyes inmutables de la atraccion y de la gravedad.

En la incoaducencia de tales versiones, toda vez que nuestro globo se hallaba en su origen cubierto de aguas, sobre cuyo particular conviene la ciencia y la revelacion; ¿por qué no pudo ser que en el local de la montaña una cuenca ó recipiente cualquiera absorbiese las afluencias del radio, sin ecluir los del vecino Pirineo, y que por resultado de trastornos locales en la superficie, como pudiera causarlos una larga inundacion, los depósitos allí latentes, desequilibrada la elasticidad, fuesen arrojados y acumulados por algun volcan ó otra conmocion subterránea de aire ó de agua que produjese los desiguales cerros que hoy miramos? Este parecer no inverosímil, por cuanto igual origen se atribuye á grandes y numerosas islas, y que concilia las contrariedades apuntadas, se corrobora ademas con otras observaciones muy atendibles. En primer lugar, el monte está hueco, acreditándolo las cuevas recién exploradas, la rápida infiltracion en él de las aguas pluviales, y el eco sordo que muchas rocas repercuten; nuevo argumento de una hacinacion forzada y artificial, obra de poderosas convulsiones internas. Luego esas esbeltas agujas y esas tremendas pirámides erigidas á tamaña elevacion; ¿quién pudo levantarlas ni qué otra gente pudo ponerlas en equilibrio sino un violento empuje capaz de quebrantar los depósitos semi-formados y haciendo entrechocar sus fracciones, sobreponerlas unas á otras en la arriesgada disposicion que todavía conservan? Las sobreposiciones son notorias en los grupos agavillados, en los empinados monólitos, en los pedruscos que vacilan ó se verán á medio caer, y en los peñones que amontonados rodaron al fondo de los precipicios. Otra prueba de que aun los mas enhiestos son fragmentos de lechos originarios, resulta de las cortaduras y grietas visibles en muchos, diagonal ó verticalmente en el sentido de su elevacion, haciéndose igualmente reparable en los portillos que dejan en varios lados.

Si curioso por la materia de sus cerros, pintoresco es el Monserrat por lo deleznable de ellos, cuando heridos del vendaval que los azota ó del turbion que los desgasta, acaban por aguzar sus picos, redondearse y contraer las singulares formas que á tan caprichosos similes dan margen, siendo muy comun el de cascadas, en el orden de sus vertientes. Desde las puntas extremas vese marcado el surco que dejan los arroyos cayendo de repisa en repisa, ó derramándose á guisa de suelta cabellera sobre los peñascos que pulimentan como el mármol ó festonean con graciosísimos rieles, y tambien cuando reunidos en chorro imperioso se estrellan contra las quebradas inferiores sembrando á su paso el desorden y la ruina.

A igual especialidad de conformacion puede atribuirse esa naturaleza vivifica que hará siempre de Monserrat un desierto embelesador. Ni en las lomas mas descarnadas hay hueco ó resquicio que no produzca su árbol ó arbolillo, su yerba ó su líquen musgoso, señaladamente encinas, pinos, enebros, brezos, tomillos, romeros, parietarias, plantas rarísimas, curiosas especies medicinales en mas de quinientas variedades, y la aromática fresa, y el silvestre madroño, con otras mil frutas y producciones tan ricas por sus virtudes como hermosas por su vistosidad. Allí la diligente abeja y la pintada mariposa vuelan libando miel de flor en flor; el verdieron y el jilguero trinan á competencia entre el ramaje; la perdiz y el gazapo retozan al abrigo de la espesura, la ardilla salta por los árboles y el gato montés por las breñas, mientras que la lechuza gime tristemente posada en un picacho, ó por el borde de una zanja se desliza siniestramente algun reptil, en cuya clase debe señalarse un viborezo negro harto abundante.

Nuevos quilates añaden á la amenidad de aquel sitio la lisura de su cielo y la apacibilidad del ambiente, no menos suave que en las poblaciones del litoral; si bien lo elevado de su posicion hace mas sensibles los cambios atmosféricos y mas rápidas sus transiciones, observándose á menudo pasar instantáneamente del calor al frio, ó de la serenidad á la tormenta, y habiéndose visto no pocas veces estar despejadas las cumbres mientras un nubarrón se condensa por debajo, y cruza el rayo y ruje el trueno conmoviendo los cimientos de la montaña. Sendo esta la única masa surgente en una zona de no poco radio, compréndense muy bien tales desigualdades, efecto de las corrientes que soplan y de las brumas que á las mas ligeras brisas se elevan; pero eso mismo acrece indefinidamente la belleza y poesía del lugar, ora estallen meteoros con fulguroso resplandor, ora se desgaje la lluvia en profuso torbellino, ora descienan las sombras al valle, ó la luna mateice los cerros con los accidentes de su luz plateada.

Otro de los curiosos fenómenos atmosféricos que mas se particularizan en Monserrat, es la niebla. Posada de ordinario en las altas cimas que reboza como tupido velo,

ó p
des
per
dar
á m
lico
des
cre
vam
nas
se l
la o
ces
rep
sin
ó bi
en
vist
una
dest
per
en o
na
con
faga
cien
riza
flor
nas
lebr
vida

L
yor
tas
obra
do e
mal
zos
que
poer
tirar
perf
L
en R
cree
este
de l
mod
mon
Hoy
chi
halla
Ven
ñala
de O
E
tas
de c
en d
su n
pure
de Q
desc
crist
mon
nos
rope
El
co t
lar,
danc
alám
óxi
cion
C
disti
ente
des
vece
idén
min
5,00
Si
casi
hoy
lapic
ellos
tos.
que
Hun
tos
vulg

ó prendida en las laderas como vago y ligerísimo cendal, desde allí se corre en blancos copos, ya arrastrándose perezosamente, ya deslizándose con velocidad, hasta rodar á lo mas hondo del valle ó descorrerse por el espacio á manera de diáfana cortina en la cual se transparentan célicos reflejos y mirajes boreales. El peregrino á quien desde un punto cualquiera sobrecoge esta rara vision, créese suspendido en mitad de los aires, y casi instintivamente aférrase vacilando á la roca que le sostiene. Peñas y malezas, hondonadas y primeros términos, todo se hunde en aquel mar de bruma que parece tragarse la obra de la creacion; mas no cesando por ello las voces confusas del bosque y de la montaña, su murmullo repetido en aparente vacío, produce ilusiones acústicas singularísimas. Entre tanto los vapores flotan al azar, y ó bien se condensan en cerrazon opaca, ó bien se rasgan en prolongadas bandas, improvisando escapes ideales, vistas y perspectivas aéreas de efecto casi sobrenatural, unas pálidamente bosquejadas en vislumbres mates, otras destacadas con reverberaciones de fuego y aureola esplendentes. A menudo la borrasca acaba por desatarse, en cuyo caso esos mirajes apacibles se cambian en escena de furor y devastacion, pero disipada regularmente con la misma ligereza que se formó, al través de las ráfagas abuyentadas brillan otra vez los rayos del sol, haciendo sonreír á la naturaleza entera. Las plantas vigorizadas exhalan nuevas y mas puras emanaciones, las flores dilatan sus corolas salpicadas de gotas diamantinas, y los pajarillos triscando por la grama, parecen celebrar en su lenguaje aquel magnífico renacimiento de vida.

J. PUIGGARÍ.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS

CONSIDERADAS HISTÓRICAMENTE.

EL CRISTAL DE ROCA.

Los antiguos conocieron el arte de trabajar con la mayor perfeccion el cristal de roca, y el gusto de los artistas romanos y helénicos se manifiesta todavia en muchas obras conservadas en diversos museos de Europa. Sabido es que Neron, en quien parece se personificaba el malvado genio del aniquilamiento, rompió en mil pedazos un elegante y hermoso vaso de cristal de roca en el que estaban grabadas las mas interesantes escenas del poema del inmortal Homero. El cruel capricho de aquel tirano privó á la posteridad acaso de una de las obras mas perfectas en este género.

Los vasos de cristal de roca habian llegado á adquirir en Roma un precio fabuloso. Asi como ahora rara vez se creen indispensables los productos artísticos labrados con este rico mineral para adorno de palacios y habitaciones de lujo, durante la dominacion romana estuvieron en moda, y no podian faltar en grandes banquetes y ceremonias, como prueba de esquisito gusto y opulencia. Hoy dia, conserva aun en su gabinete el duque Odescalchi un precioso ejemplar de cristal de roca en el que se halla grabado con sin igual donaire un gran busto de Venus, ó Venus celeste, de carácter griego que señala la procedencia de tan peregrina obra. Su altura es de 0,115 milímetros.

En casi todos los paises montañosos y que tengan grutas ó cavernas húmedas, pueden encontrarse criaderos de cristal de roca. Sobre todo, en los sitios elevados es en donde se han encontrado los trozos mas notables por su magnitud y brillantez al mismo tiempo que por su pureza. En las cumbres de los Alpes, en las montañas de Quito, en el Brasil y en Madagascar es en donde se descubren los mejores ejemplares. Tambien producen cristal de roca la Suiza, la Hungría y la Cerdeña, los montes de Haiti, de Ceilan y de la Florida, y aun algunos de los paises mas meridionales del continente europeo.

El cristal de roca es verdaderamente un cuarzo blanco transparente, cristalizado en prisma exaedro regular, bastante duro, compuesto de sílice y de oxígeno; dando en análisis sus cien partes, 93 de sílice, 6 de alúmina y 1 de cal. Recibe en química el nombre de óxido de sílice hidratado. Resiste al fuego y á la accion de todos los ácidos, y posee la doble refraccion.

Cualquiera que sea la pureza de este mineral, dice un distinguido químico, las láminas que le componen no son enteramente homogéneas, y presentan á menudo grandes diferencias de dureza, como lo ha probado diversas veces la experiencia. Pero en cuanto á sus formas son idénticas, y lo mismo las conservan los cristales mas diminutos y microscópicos que los que llegan á pesar 4 ó 5,000 quilógramos.

Sin embargo, el arte, en el cristal de roca, ha llegado casi á sobreponerse á la naturaleza, porque se fabrican hoy cristales ficticios ó vidrios sílico-alcálicos que los lapidarios prefieren por la facilidad con que trabajan en ellos, y la belleza que resulta en muchos de sus productos. Estos vidrios sílico-alcálicos de que hablamos, en que prepondera la potasa y se fabrican en Francia y en Hungría, los cristales labrados en Baccarat y otros puntos con una pureza, una blancura y brillantez que el vulgo de los compradores prefieren á las cualidades del

cristal de roca, han venido á combatir en el mercado de las piedras preciosas contra el verdadero cristal de roca, pero no podrán jamás disputarle á este su mérito. En estos mismos tiempos los trabajos en cristal de roca alcanzan los mas altos precios y en cuanto á la estimacion que tenian en los siglos pasados parecia exajeracion aun solo el indicarla. En el museo Leoni Strozzi la representacion de Tito, tallado en cristal de roca por Castel Bologneso, segun un dibujo de Miguel Angel, obtiene un valor fabuloso, lo mismo que un cristal antiguo representando los augures de emperador Comodo en año nuevo, grabado por Dominico de Rosi. Nuestros monarcas austriacos eran sumamente aficionados á los adornos y alhajas formadas de este mineral, y aun conserva el

real monasterio de San Lorenzo del Escorial en su sacristia, un magnífico espejo guarnecido primorosamente de cristal de roca que fue espléndido donativo de la reina doña María Ana de Austria.

La preciosa copa de cristal de roca que representa el adjunto grabado, se conserva hoy con otras dos de distinta forma en las colecciones histórico-etnográficas del Museo de Ciencias de esta corte, como uno de los mas hermosos productos del reino mineral.

La corona de Francia era muy rica en objetos de cristal de roca, pues su valor asciende á 1.000,000 de francos en el inventario de los objetos de arte hecho en París en 1791. Hé aquí la tasacion referente á los objetos de cristal de roca:

Sesenta vasos.	154,140 francos.	Uno de 0m, 420 de alto, estimado en 60,080 francos.
Cuarenta y seis copas.	172,400 —	Desde 15,000 francos hasta 500 francos.
Veinte jarros.	231,420 —	Uno estimado en 10,000 francos.
Diez y seis urnas.	164,100 —	Una que representa la embriaguez de Noé, estimada en 100,000 francos.
Quince candeleros.	27,900 —	Un par estimado en 8,000 francos.
Doce botellas.	6,900 —	Una sola 2,000 francos.
Nueve cálices.	20,700 —	Uno solo estimado en 6,000 francos.
Nueve vinageras.	7,200 —	Dos con hojas grabadas.
Siete cruces y crucifijos.	33,000 —	Una cruz sola 18,000 francos.
Seis pequeñas estatuas.	3,930 —	Dos con bustos de cristal de Bohemia.
Cuatro jofainas.	62,400 —	Una estimada en 30,000 francos.
Trespilas para agua bendita.	16,000 —	Una sola estimada en 10,000 francos.
Tres cofres.	6,200 —	Uno con columnas torneadas, 20,000 francos.
Dos vasos.	3,900 —	Uno solo estimado en 15,000 francos.
Dos tazas.	21,000 —	Uno de 0m, 225 de diámetro por 0m, 112 de alto.
Dos tazones.	20,000 —	Admirablementeculpida.
Una cabeza de muerto.	3,000 —	0m, 350 de alto.
Una custodia.	600 —	0m, 250 de alto, y 0m, 080 de diámetro.
Una garrafa.	3,000 —	0m, 095 de alto.
Un braserillo.	500 —	Con asa igualmente de cristal.
Una tetera.	2,000 —	0m, 060 de diámetro.
Un globo celeste.	500 —	En cristal nevoso.
Una carroza.	3,000 —	Adornado de tritones, delfines y grifos.
Un sello.	1,200 —	Tiene de diámetro 0m, 165.
Una bola.	10,000 —	
Total.		996,990 francos.

Constaba ademas en el citado inventario de los objetos de arte de la corona de Francia hecho en 1791, una preciosa maza de armas toda de cristal de roca, que Tipoo-Suib habia regalado al desgraciado Luis XVI; un cofre cuadrado, valuado en 4,000 francos, y una galera estimada en 24,000 francos, tambien de cristal de roca.

Si el cristal de roca hubiese podido adquirir el brillo del diamante, en cuanto á su dureza podria suplirle ó imitarle, pero aquel está muy lejos de poseerle. La fuerza refringente del diamante es de 1,396, y la del cristal de roca de 0,654, siendo por consecuencia de 30 la potencia refractiva del primero, y solo de 10 1/2 la del segundo.—Los precios del cristal de roca varian segun las dimensiones y pureza de los ejemplares.

J.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLÉS

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION.)

A las dos los viajeros se pusieron de nuevo en marcha, y no tardaron en encontrar otro rio, el Orifa, en cuyas orillas les detuvo mucho tiempo la altura de la marea. La desigualdad del lecho de este rio y los enormes cantos rodados que lo forman, hacen muy difícil y hasta peligroso su paso; así es que, aunque conducidos por gente de á pié, los mulos caian con frecuencia en profundos agujeros, obligando á sus ginetes, con las sacudidas que les causaban á tenderse sobre su cuello, pues en manera alguna estaban seguros cabalgando. El doctor experimentó inquietu les bastante vivas al efectuar este paso sobre su cabalgadura; así es que le causó estrañeza el ver que los moros que viajaban á pié lo pasaban con gran ligereza; al efecto, se desnudaban, ponian su vestido sobre la cabeza y luego se echaban á nado. Los moros tienen una agilidad y destreza prodigiosas, que se explican, en cierto modo, por su falta de civilizacion. En efecto, si el desarrollo de la inteligencia es débil en los pueblos salvajes, no sucede lo mismo en cuanto al desarrollo de sus fuerzas físicas, pues se distinguen generalmente por un arrojo y una ligereza de que carecen los pueblos civilizados.

Por la noche la caravana llegó á Arzilla, cuyo gobernador, al saber la comision de que estaba encargado el doctor europeo, le procuró con la mayor solicitud un alojamiento.

El libro de Juan Leon de Lyon, que mas arriba hemos citado, trazaba en los siguientes términos la historia de la ciudad de Arzilla, á principios del siglo XVI, en un lenguaje que continuamos conservando:

«Arzilla, llamada Arzella por los africanos, fue una gran ciudad edificada por los romanos en las costas del mar Océano, próxima al estrecho de las columnas de Hércules como unas sesenta millas, y distante de Fez

ciento cuarenta. Fue sometida al dominio del señor de Sebta (Ceuta), que era tributario de los romanos; despues fue subyugada por los godos, quienes confirmaron á este señor en el gobierno que desempeñaba; mas adelante, y á poco tiempo, fue tomada por los mahometanos en el año 94 de la Egira, los que disfrutaron de su posesion por espacio de doscientos años, hasta que los ingleses, con el instinto de los godos, pusieron en el mar una poderosa escuadra, la que enviaron á la conquista de esta ciudad; no obstante, estallaron mas adelante grandes discordias entre unos y otros, porque los godos reconocian á Jesucristo, al paso que los ingleses daban culto á los ídolos; pero habian hecho esto espresamente para obligar á los mahometanos á ponerse en movimiento y abandonar la Europa. La empresa tuvo buen éxito para los ingleses, quienes habiéndose apoderado de la ciudad á viva fuerza, hicieron pasar á cuchillo á todos sus habitantes, y tomando todo á fuego y sangre, de tal modo que no dejaron criatura viva; así es que Arzilla permaneció inhabitada durante treinta años.

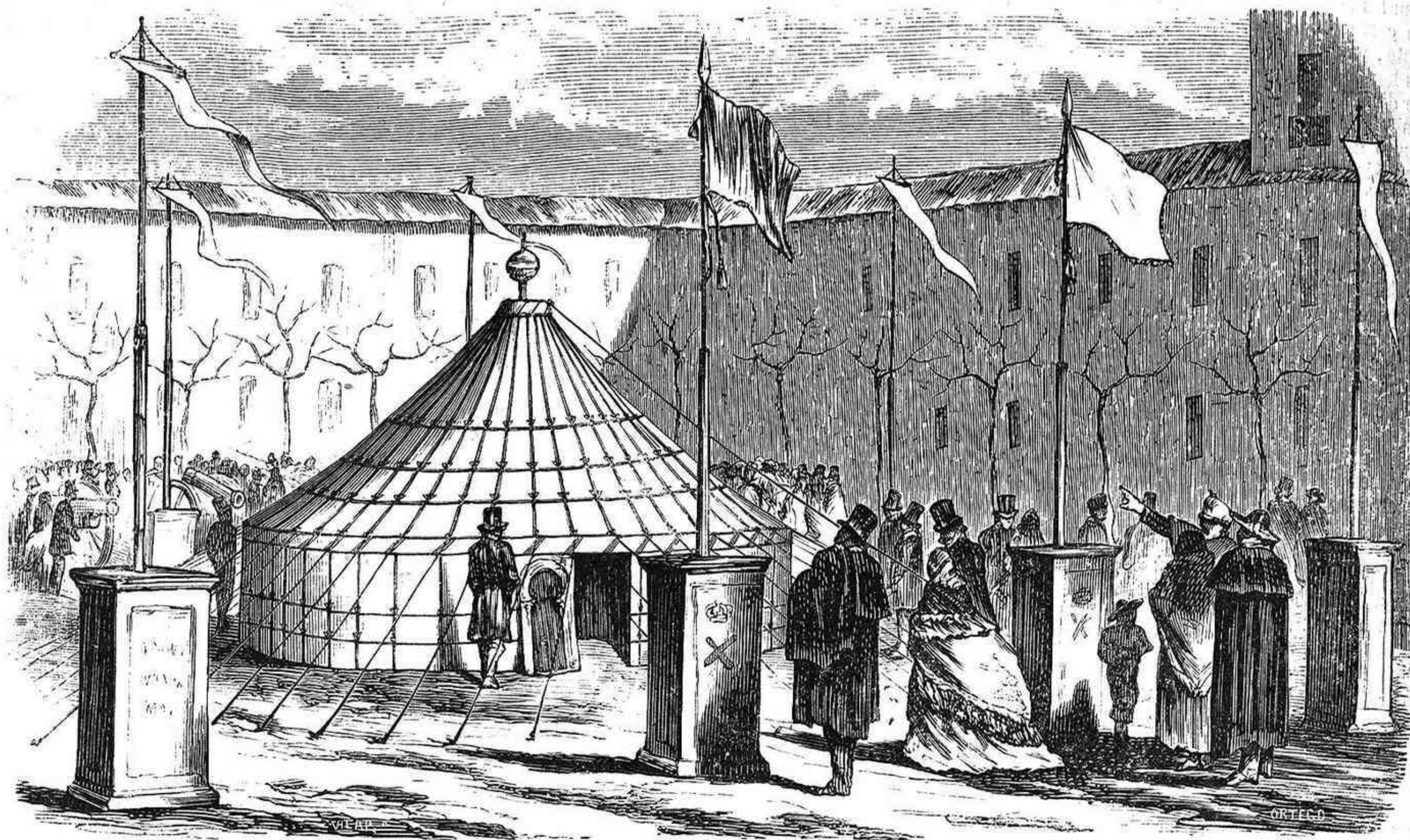
«Pero reinando los señores y pontífices de Córdoba en Mauritania, fue reedificada y puesta en mejor estado de defensa que anteriormente; con lo cual los habitantes se hicieron ricos y opulentos.

«El territorio es fértil en granos y frutos; pero como la ciudad dista de las montañas dos millas, no hay leña, siendo esta la causa de que se recurra al uso del carbon que se trae de Larhais (Larache).

«El año 882 de la Egira fue de nuevo asaltada y tomada por los portugueses, que llevaron prisioneros á Portugal á todos los que cayeron en sus manos, entre los cuales se hallaba Mahomet, actual rey de Fez, y quien, niño entonces, fue cogido con una hermana suya de la misma edad. Allí permanecieron ambos cautivos, por espacio de siete años, pero durante este tiempo supieron aprender y retener bien la lengua del país. Finalmente, su padre pagó una crecida suma de dinero por el rescate de su hijo, quien, habiendo llegado al gobierno del reino, fue llamado con este motivo el rey Mahomet portugués, y que, andando el tiempo, intentó muchas veces hacerse señor de los portugueses; así es que asaltó de improviso la ciudad de Arzilla, cuyas murallas hizo demoler en parte, y penetró en ella devolviendo la libertad á todos los moros que en su recinto gemian en la esclavitud.

«Pero los cristianos se retiraron al castillo, entreteniéndose siempre al rey con palabras cohonestadas con la encubierta mentira de que intentaban entregarlo. Y supieron fingir tan bien, que les fue concedida una tregua de dos dias, en los cuales llegó Pedro de Navarra con muchos bajeles bien armados y una respetable tripulacion, la cual, por medio de un terrible cañoneo, obligó al rey á alejarse, no solo de la ciudad, sino á refugiarse en las alturas con todas sus tropas. Entonces los portugueses se pusieron á fortificar la ciudad, pero el rey empleó despues todas sus fuerzas para recobrarla; verdad es que sus tentativas fueron siempre desgraciadas por este lado.

«Yo me hallé presente en todos los sitios entre, las tropas



TIENDA DE MULEY-ABBAS, CAÑONES Y DOS BANDERAS, COJIDO EN LA ACCIÓN DEL 4 DE FEBRERO.

del rey, de las cuales quedaron en el campo otros cinco hombres y mas. Estas cosas pasaron como las refiero desde el año 914 hasta el 921 de la Egira (de 1505 á 1512).»

Lemprieres no dió bastante importancia á Arzilla para describirla estensamente, y se limita á decir que esta ciudad está situada á treinta millas, es decir, á diez horas de camino de Tánger; los moros cuentan las distancias por horas, y sus mulas emplean una para andar tres millas; la longitud de un viaje se calcula generalmente con bastante exactitud por medio de esta evaluación.

El alojamiento del doctor en Arzilla era un mísero cuarto en el castillo, falto de ventanas, y en el cual la luz no penetraba sino por tres estrechos agujeros de unas seis pulgadas cuadradas, y por la puerta que se había incurrido en el olvido de colocar. El castillo de Arzilla es muy importante, y era antiguamente una de las barreras que defendían el Imperio; pero actualmente se halla en un estado ruinoso. Cuando Arzilla pertenecía á los portugueses, esta ciudad, con su pequeño puerto en el Océano Atlántico, era considerada como plaza fuerte; hoy, á causa de la incuria de los príncipes moros, las fortificaciones están enteramente destruidas; las casas presentan un aspecto miserable, y los pocos moros y judíos que la habitan parecen muy pobres.

De la riqueza de esta ciudad podrá formarse cabal idea, viendo á nuestro doctor reducido á tomar una taza de café con su intérprete, en el rincón de un triste cuarto, mientras en la otra estremidad sus dos soldados y su bagajero devoraban con extraordinario apetito un gran cuenco de alcuzcuz; este manjar, bien conocido hoy, después de la ocupación francesa de la Argelia, escitaba entonces la curiosidad de Lemprieres, que enseñaba á sus contemporáneos el modo de preparar este alimento, muy común entre los moros, y considerado por ellos como esquisito: es una mezcla de trigo y arroz machacados, pasado al través de un tamiz de tierra, espolvoreado con especias y cocido con manteca al vapor de las viandas cocidas.

Una hora después de la llegada de Lemprieres á Arzilla el gobernador, acompañado de las personas más notables de la ciudad, pasó á visitarle, y le llevó, sin duda por consideración al augusto enfermo á quien iba á curar, un presente que consistía en frutas, huevos y aves. Después de una conversacion de media hora, que se invirtió en recíprocos cumplimientos, el gobernador se despidió y le dejó descansar.

No tardó en esparcirse por la ciudad la noticia de la llegada á ella de un médico europeo; así es que Lemprieres vió interrumpido muy temprano su sueño por multitud de enfermos cuyo estado era deplorable. Muchos eran ciegos, otros paralíticos y algunos padecían añejas enfermedades crónicas. En vano intentó persuadir á aquellos desgraciados de la verdad de que el médico no puede curar males incurables, pues nada pudo hacerles renunciar á la elevada idea que su ignorancia les había hecho formar del saber del doctor. Como todos aquellos infelices consideraban á los médicos europeos como capaces de curar toda clase de enfermedades, le alargaban la mano para que les tomara el pulso, y le pedían les restituyese la salud, como si esto dependiera completamente de él.

La continua importunidad de tantos enfermos, que hablaban todos á la vez, era tan molesta, que el doctor se vió obligado, para librarse de tal plaga, á mandar á sus dos soldados negros que hiciesen centinela á la puerta de su cuarto. Realmente era para él un espectáculo doloroso el verse rodeado de tantos seres abrumados por sus dolencias, y que le imploraban un auxilio que no podía prestarles, no teniendo, por lo demás, ni siquiera el tiempo necesario para intentar su alivio, mediante la administración de algunas medicinas. Durante estas consultas, el gobernador de Arzilla hacia reparar la tienda de nuestro viajero; pero esta reparación se hizo tan á costa de sus dimensiones, que cuando llegó el caso de servirse de ella, se vió que á nadie más podía cobijar que á Lemprieres y su intérprete.

El 2 de octubre la caravana continuó su marcha, y después de haber andado treinta y dos millas y atravesado el ancho y tortuoso Lucos, llegó á las cuatro de la tarde á Larache, en donde este río desemboca en el Océano.

Al llegar á Larache (1), Lemprieres fue presentado al gobernador, que era un hermoso negro, el cual le trató con la mayor consideración, y le hizo dar una habitación en el castillo, que estaba en mucho mejor estado que el de Arzilla. Larache estuvo en otro tiempo bajo la dominación española. La ciudad pareció á Lemprieres de mediana estension y regularmente edificada. Está situada á la embocadura del Lucos, sobre un declive suave. Las agradables inmediaciones del río, el considerable número de palmeras y de toda clase de árboles irregularmente plantados que la rodean, presentan un aspecto muy pintoresco. La naturaleza, no desfigurada ni contrariada allí, se ostenta en todo el lleno de su hermosura. Aunque la ciudad está irregularmente fortificada, está, sin embargo, bastante bien defendida por un fuerte y dos baterías. Sus calles están empedradas, y la plaza, rodeada de pórticos de piedra, es bastante agradable. De todas las ciudades que Lemprieres vió en Berbería, Larache es la que le pareció más aseada y culta, esceptuando, no obstante, á Mogador. Los buques tienen la ventaja de poder ser carenados en la ciudad y de tener en ella seis almacenes; pero el puerto carece de condiciones para la construcción de naves. La profundidad del río aprovecha á los buques del emperador para invernar en él, siendo este el único puerto del Imperio donde se hallan seguros durante los temporales. En la época en que Lemprieres lo visitó, las arenas habían formado ya á su entrada un banco que aumentaba notablemente todos los años, y estaba próximo á quedar obstruido dentro de un breve espacio de tiempo, como el de Tánger empezaba ya á estarlo.

Habiéndose lastimado gravemente una de las mulas de nuestro viajero, este se vió obligado á pasar un día en Larache para procurarse otra. Habiendo cundido la no-

(1) Larache era llamada Lharais en el siglo XVI, y estuvo bastante poblada hasta el momento en que los cristianos se apoderaron de Tánger y Arzilla; desde entonces estuvo desierta y despoblada por espacio de veinte años. A principios del citado siglo, el hijo del rey de Fez, á quien á la sazón pertenecía, la hizo fortificar y la pobló de nuevo, levantando una fortaleza que contenía en dicha época, una guarnición de doscientos infantes y trescientos soldados de caballería. Esta ciudad, rodeada de grandes bosques, en los que los leones y las fieras vagaban á su placer, hacia con Arzilla y Tánger un considerable comercio de carbon, y en las cercanías se recogía mucho algodón.

ticia de su llegada, su aposento se llenó de tal manera en pocos instantes, de enfermos, que se le hubiera podido tomar por una sala de hospital.

Dejemos ahora al médico hablar de las enfermedades que con mas frecuencia tuvo ocasion de observar, durante su estancia en Marruecos.

«El hidrocele, tan común en estos países, parece ocasionado en gran parte por la demasiada holgura de los vestidos y la distension de las fibras, producida por el excesivo calor del clima. Y de este es también una consecuencia la oftalmía: la continua fatiga que los ojos experimentan, á consecuencia del reflejo del sol sobre las casas, enteramente blancas, y los trajes de los moros, poco á propósito para preservarles de un sol abrasador, son igualmente la causa de estas dolencias.

«Carecen, además, del recurso de los quitasoles, cuyo uso les está prohibido, pues solo el emperador tiene el derecho de usarlo.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El pelo de la dehesa se cae recorriendo el mundo.



Los señores suscritores que lo están también á la *Historia de España*, han recibido el tercero y último tomo el 1.º de marzo.

Los suscritores al *Año Cristiano* han recibido el tercer tomo el 1.º de marzo.

Los suscritores á la *Biblia* recibirán el tercero el 8.º de marzo.

Los suscritores á las *Obras de Chateaubriand* han recibido el tercero y último el 1.º de marzo.

Los suscritores á los *Tres Reinos de la Naturaleza* han recibido el cuarto el 1.º de marzo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.